

La paradójica trayectoria generacional de Ortega: el éxito de un proyecto intelectual que contribuye a un fracaso político

Jorge Costa Delgado

ORCID: 0000-0001-6640-7549

Resumen

A menudo, se discute sobre la condición de político e intelectual como si ambas categorías fueran invariables históricos. En este artículo mostraré cómo la configuración del espacio intelectual y político español de principios de siglo XX permitía compatibilizar una doble apuesta en ambos terrenos. Sin embargo, la creciente autonomía de los campos intelectual y político, producto en parte de la propia acción de los integrantes de la Generación del 14, modificó esta circunstancia, dificultando enormemente la posibilidad de compatibilizar una posición política e intelectual de primer nivel. En Ortega, esto produjo una recurrente sensación de frustración de sus expectativas políticas, lo que tuvo efectos importantes sobre su producción intelectual.

Palabras clave

Ortega y Gasset, Filosofía política, Sociología de la Filosofía, Sociología del conocimiento, Historia intelectual, Teoría de las generaciones

Abstract

The political and intellectual condition is often discussed as if both categories were historical invariants. In this article, I will show how the configuration of the Spanish intellectual and political space of the early twentieth century allowed a double stake in both areas. However, the increasing autonomy of the intellectual and political fields, partly produced by the action of the members of the Generation of 14, modified this configuration, making it very difficult to reconcile a first-rate political and intellectual positions. In Ortega, this produced a recurring sense of frustration of his political expectations, which had important effects on his intellectual production.

Keywords

Ortega y Gasset, Political philosophy, Sociology of philosophy, Sociology of knowledge, Intellectual history, Theory of generations

Este artículo se basa en mi estudio sobre la Generación del 14, que formó parte de mi tesis doctoral. Una versión revisada de este estudio se ha publicado recientemente como libro¹. Antes de empezar con el tema, quisiera explicar brevemente las características de esa investigación y justificar su sentido, ya que considero que su enfoque epistemológico y metodológico es fundamental para entender la originalidad de esta aportación.

El objeto inicial de mi trabajo era la teoría de las generaciones de Ortega. Para estudiarla, podría haber priorizado el estudio de las fuentes y la recons-

¹ Jorge COSTA DELGADO, *La educación política de las masas. Capital cultural y clases sociales en la Generación del 14*. Madrid: Siglo XXI, 2019.

Cómo citar este artículo:

Costa Delgado, J. (2020). La paradójica trayectoria generacional de Ortega: el éxito de un proyecto intelectual que contribuye a un fracaso político. *Revista de Estudios Orteguianos*, (40), 109-119. <https://doi.org/10.63487/reo.185>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CCBY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 40. 2020
mayo-octubre

trucción de las influencias relevantes para comprender la génesis y desarrollo de la teoría. Sin duda este trabajo es fundamental y ocupa un lugar importante en mi investigación: podríamos hablar de Julián Marías, en *El método histórico de las generaciones*², que revela el linaje filosófico y científico que se ha ocupado de este tema; o de la influencia de Dilthey o Simmel en un ambiente formativo alemán que compartió el joven Ortega con Lukács –como ha explicado Gil Villegas³–, quien no por casualidad fue un referente para Karl Mannheim⁴, otro húngaro que se convirtió en un clásico para el estudio del concepto de generación (y que, por cierto, tiene una importante deuda y admiración hacia Ortega, reconocida explícitamente en varios de sus textos⁵).

Pero si algo resulta evidente cuando uno se aproxima a Ortega, es que la “generación” no es solamente una herramienta teórica operativa para el análisis de la sociedad y la historia, no queda relegada exclusivamente al mundo de las ideas, sino que también funciona como categoría de percepción existencial que el filósofo madrileño aplicó, en primer lugar, a su propia vida. Por ello, para poder comprender su teoría de las generaciones y, en general, su pensamiento filosófico y su trayectoria política, consideré que era un requisito imprescindible tratar de reconstruir en lo posible en qué consistió la experiencia generacional de Ortega y, con ello, la del grupo que lo acompañó en ese viaje: la Generación del 14.

Este objetivo requería un método riguroso, más aún tratándose de un grupo ampliamente conocido y estudiado⁶, de enorme influencia para la historia intelectual española. ¿Qué información podía aportar sobre un tema ya muy trabajado? ¿Acaso faltaba algo en la imagen que la historiografía nos ha legado de este grupo de intelectuales y políticos tan activos en el primer tercio del siglo XX? Una primera cuestión saltaba a la vista: precisamente frente a un sentido común instalado en la historia intelectual, era necesario evitar una selección intuitiva de nombres prestigiosos, con la intención de no introducir sesgos o prejuicios que me dieran una imagen distorsionada del grupo. El prestigio que acompaña a dichos nombres, las figuras más conocidas de la generación, va asociado a un arbitrario social que no tiene por qué corresponderse con la expe-

² Julián MARÍAS, *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente, 1967.

³ Francisco GIL VILLEGAS, *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la Modernidad (1900-1929)*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

⁴ Karl MANNHEIM, “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62 (1993), pp. 193-242.

⁵ Por ejemplo, además del citado en la nota anterior, véase también Karl MANNHEIM, *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2018.

⁶ Es referencia obligada la obra de Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA, *La Generación del 14. Una aventura intelectual*. Madrid: Siglo XXI, 2006.

riencia social inmediata de las personas implicadas en la agrupación generacional, por mucho que pueda ser legítimo por otras razones: calidad literaria o intelectual, protagonismo político, etc. Por eso, decidí tomar a los integrantes de dos agrupaciones indiscutiblemente generacionales como punto de partida: si participaron en estos grupos, es innegable que, al menos en ese momento, se sentían y eran reconocidos como parte de una generación en movimiento. Entre ellos había nombres inesperados y poco o nada conocidos, además de significativas presencias y ausencias. Estudié a estas personas, todos hombres, mediante un análisis cuantitativo (con reducción a variables y su tratamiento estadístico) y cualitativo (con análisis comparado de trayectorias). Había datos disponibles para unos 100 hombres, dependiendo de cada variable, sobre un total de 169 firmantes, lo que daba un cuadro mucho más amplio y diverso que la citada imagen asentada por la historiografía. A partir de ahí, creo que puede definirse a la Generación del 14 como un grupo de hombres que se concibieron a sí mismos en términos generacionales, trataron de actuar de manera coordinada entre 1910 y 1914 y, con la permeabilidad propia de cualquier grupo social en una sociedad compleja donde los destinos sociales no están fijados estatutariamente desde el nacimiento, siguieron manteniendo estrechos vínculos y prácticas comunes hasta la Guerra Civil. Dicho grupo se caracterizó, sociológicamente y por ese orden, por su elevado capital cultural, sus vínculos con Madrid, su origen mayoritariamente burgués, su relativa juventud en 1914 (sobre todo en términos de falta de experiencia política) y, lo que más nos interesa aquí, por protagonizar una transformación radical del campo intelectual español a principios de siglo XX. Tal transformación puede caracterizarse, en pocas palabras, por una mayor autonomía intelectual respecto de lo político, el reconocimiento y fomento institucional de la especialización científica y una racionalización de la administración pública acompañada de la transformación de los criterios de reclutamiento del funcionariado, especialmente en la universidad.

Paralelamente, la Generación del 14 también se vio inmersa en otra importante transformación social: la transición del campo político español desde el parlamentarismo de notables a una democracia de partidos de masas⁷. En la primera transformación, la del campo intelectual, se puede ubicar a la Generación del 14 del lado de la novedad histórica; mientras que la transformación del campo político atraviesa al grupo, encontrándose este dividido

⁷ Para más información sobre esta tipología conceptual para clasificar las formas históricas del gobierno representativo, consultar: Bernard MANIN, *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza, 1998. Y sobre la génesis y recepción de esta obra crucial para la filosofía política: Francisco Manuel CARBALLO RODRÍGUEZ, "Bernard Manin lector de la democracia antigua", *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, 51 (2018), pp. 157-174.

entre quienes desarrollan trayectorias políticas más cercanas al estado anterior del campo y otros que se adaptan rápidamente o incluso promueven el nuevo estado de las cosas. Aunque la Generación del 14 juega un papel importante en el desarrollo de los dos procesos, especialmente en el intelectual, hay que insistir en que una transformación de tal calibre no puede atribuirse a un solo grupo o individuo, sin caer en una simplificación que empobrece el análisis socio-histórico. La acción, sin duda fundamental, de la Generación del 14 se integra en una historia previa de varios procesos sociales autónomos aunque conectados entre sí y en el legado de generaciones anteriores, que se entrecruzan y que generan la coyuntura y los recursos con los cuales dicha generación produce un efecto diferencial que modifica sustancialmente la lógica hegemónica en el campo intelectual. Pienso, por ejemplo en el rol de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza⁸, que tienen características muy diferentes a las de la Generación del 14⁹ y, no obstante, contribuyeron con elementos clave para la configuración de esta última, como la transformación del modo de reclutamiento del profesorado universitario y las pensiones para estudios en el extranjero. En resumen, aunque existe una acción consciente generacional, las enormes transformaciones sociales a las que me refiero no son producto de esa acción consciente, que, no obstante, juega un papel en ellas.

Ortega como epónimo generacional: la apuesta de las élites por el capital cultural

Esta doble transformación (campo intelectual y campo político) es la referencia que permite situar la paradoja que da título a este artículo: ¿es posible explicar la trayectoria generacional de Ortega como el éxito de un proyecto intelectual que contribuyó a su fracaso político? Aquí se defenderá que sí y que, al abordar la cuestión en estos términos, se pueden comprender mejor aspectos cruciales de su trayectoria, como sus periódicas fases de retraimiento y melancolía, la variable distribución de roles entre intelectuales y políticos en la representación de la sociedad que Ortega muestra en sus obras o su peculiar

⁸ Sobre el institucionismo pueden consultarse, entre muchas otras, las siguientes referencias: Pedro F. ÁLVAREZ LÁZARO y José Manuel VÁZQUEZ-ROMERO (eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2005; Antonio JIMÉNEZ LAN-DI, *La Institución Libre de Enseñanza*. 4 vols. Madrid: Ed. Complutense, 1996.

⁹ Sufrió depuración política, conoció un espacio social de las élites donde campo político e intelectual no estaban bien diferenciados (de hecho, su afinidad con las élites liberales les permitió obtener modestos, pero determinantes, logros), no tuvo una formación vanguardista en el extranjero integrada en el currículum académico y, en el espacio intelectual en el que se movieron, las disciplinas aún estaban escasamente diferenciadas y especializadas.

forma de intervenir en política: tratando de imponer la lógica propia del campo intelectual en la arena política.

Empecemos por la trayectoria de Ortega, que fue muy diferente en los dos procesos citados: transformación del campo intelectual y transformación del campo político. En el primero, Ortega se sitúa claramente en vanguardia, siendo un caso muy representativo de la dinámica generacional. Los datos estadísticos sobre los firmantes de los manifiestos¹⁰ lo demuestran: la comparación entre el origen social y el destino social (la posición socio-profesional ocupada en la II República) no deja lugar a dudas sobre la evolución del grupo. Se produjo, en el tránsito de una generación familiar¹¹, una movilidad social ascendente limitada, combinada con una conversión del capital económico en capital cultural, siendo mucho más acentuado lo segundo que lo primero. Dejando a un lado el ascenso social limitado, la conversión generacional de capital económico en capital cultural es evidente y se manifestó en la ocupación de cátedras en la universidad y en la enseñanza secundaria, en puestos en múltiples instituciones culturales vinculadas al Estado y también en una significativa dedicación al periodismo, aunque en este último punto se abre, como veremos, una importante división interna en el grupo. Este movimiento generacional dentro de las élites tiene un correlato también evidente en la teoría de Ortega: la figura del “señorito satisfecho”¹², el niño mimado que no está a la altura vital (esto es, entre otras cosas, intelectual) de su tiempo. Con ese término, Ortega no solo describe una realidad social, sino también una elección vital (en la medida en que se pueda usar este término tan orteguiano para este asunto) profundamente integrada en su propia experiencia generacional. El enorme crecimiento de los profesores universitarios y de secundaria habla por sí mismo de la importancia del capital cultural en la trayectoria social de la Generación del 14: la suma de las dos categorías pasa de algo menos de un 7% en el origen social a un 26% en la Segunda República. Pero ya era un 21% en 1913, lo que muestra la precocidad de la apuesta cultural y su importancia para la presentación en público de la generación, que se dio a conocer como tal entre 1910 y 1914. Dicho capital cultural iba asociado además, de manera muy destacable,

¹⁰ Las referencias completas de todos los datos estadísticos citados se pueden consultar en el segundo capítulo (“La trayectoria social de una unidad generacional”) de Jorge COSTA DELGADO, *La educación política de las masas. Capital cultural y clases sociales en la Generación del 14*. Madrid: Siglo XXI, 2019.

¹¹ El concepto de “generación familiar” remite a las “relaciones generacionales que se establecen entre padres e hijos en el marco del universo familiar”, según Gérard MAUGER, *Âges et générations*. París: La Découverte, pp. 10 y 23-46.

¹² JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, IV, 434-440. En adelante todas las referencias de Ortega remiten a esta edición con tomo en romanos y páginas en arábigos.

a la administración pública, lo que se observa en la significativa inversión, prácticamente simétrica, del número de propietarios (sector privado) y altos funcionarios (sector público) al comparar origen y destino social, o en la tendencia de la bohemia (periodistas, escritores y artistas) a buscar estabilidad en la función pública. Todas estas dinámicas indican una importante transformación generacional en el modo de reclutamiento (o modo de generación) de las élites: la Generación del 14 destacó por invertir el capital económico y social heredados en una decidida apuesta cultural, modificando las condiciones de validación simbólica del capital económico. Volviendo al “señorito satisfecho”: ya no bastaba con hacer mera ostentación del capital económico, no se podía ser “snob”. Recuerden las reflexiones de Ortega al respecto, en *Misión de la Universidad* o en *La rebelión de las masas*¹³: la herencia pervierte a las élites; estas deben demostrar que lo son día a día, estando a la altura del tiempo en que se vive. Y la altura de su tiempo, según Ortega, pasaba por la cultura y por la ciencia, aunque fuera una ciencia que pretendía no ser autorreferencial, sino orientada hacia la vida.

Universitarios y periodistas en la revolución simbólica: idealismo, retórica y *kairós*

Uno de los aspectos que mejor refleja la transformación del campo intelectual que contribuyó a acelerar la Generación del 14, es la oposición intra-generacional entre universitarios y periodistas. Aunque muchos de los universitarios escribieron frecuentemente en prensa –Ortega es el ejemplo más visible de ello–, existía una suerte de división del trabajo entre quienes se jugaban lo esencial de su actividad pública en una prensa muy pegada a la actualidad política y quienes consideraban que su vocación intelectual debía desarrollarse en otros espacios específicamente intelectuales, alejados de la política, aunque temporalmente la prensa fuera una herramienta de intervención pública a la que obligaba la peculiar circunstancia española. Esta oposición entre universitarios y periodistas aparece de manera manifiesta, entre muchos otros testimonios, en la correspondencia entre Ortega y Maeztu a propósito de una polémica que mantuvieron en la prensa en 1910¹⁴, donde ambos se reparten el “elevado” trabajo teórico (Ortega, como filósofo) y el “mundano” trabajo de difusión (Maeztu, como periodista).

¹³ *Misión de la Universidad* en José ORTEGA Y GASSET, IV, 529-568; *La rebelión de las masas* en José ORTEGA Y GASSET, IV, 347-528.

¹⁴ Jorge COSTA DELGADO, ob. cit., pp. 246-252.

En ese espacio híbrido político-intelectual, todavía relativamente indiferenciado en la España de principios de siglo, comenzaba a dibujarse una frontera difusa entre la producción autónoma (más específicamente intelectual) y heterónoma (más “contaminada” por la política). Esta situación es característica de un contexto que bien puede definirse, siguiendo a Pierre Bourdieu, como “revolución simbólica”¹⁵. El tan comentado estilo de Ortega, producto de la necesidad de expresar una filosofía que pretendía ser enormemente precisa y, al mismo tiempo, leída por públicos amplios ante la ausencia de un campo filosófico aún bien establecido, fue una solución muy original en un momento de transición intelectual, en una revolución simbólica en curso. En este sentido, el cambio del papel de la retórica o la literatura en la formación y en la práctica intelectual –también reflejado en los ritos de acceso a la universidad: las oposiciones¹⁶– es muy sintomático y el tipo de producción que promovió la vanguardia intelectual de la Generación del 14 suponía una ruptura con un modelo que ya se había superado años atrás en Europa: es lo que Bourdieu define como el tránsito de la cultura de la retórica a una cultura de la contemplación.

Bourdieu apunta un momento histórico fundamental en la configuración de los hábitos académicos vigentes en Europa durante la mayor parte del siglo XX¹⁷. En el siglo XIX, la mayoría de los países europeos pasan de una cultura de la retórica a una cultura de la contemplación en el sistema de enseñanza de la lengua nacional. La transición desde la cultura retórica a la cultura contemplativa se corresponde, además, con la importante oposición mítica que enfrenta a los sofistas y a Sócrates –mítica en tanto que forma parte del imaginario compartido de una comunidad intelectual, que la ha desgajado de su contexto histórico–. Así, la cultura contemplativa, que Bourdieu asocia a la disposición escolástica, se caracteriza por identificar las influencias o referencias específicamente intelectuales presentes en una obra cultural o por un análisis que reconstruye el sistema de oposiciones diacríticas, que caracteriza el campo en el que se inserta una obra determinada. Esta disposición puede asociarse a la perspectiva idealista platónica: se trata de identificar cuál es el lugar de la producción de cada autor en el mundo intemporal de las ideas. La cultura retórica, simbolizada en los sofistas, permite un entrenamiento práctico en el ajuste entre *habitus*, posición y campo, ensayando distintas técnicas y entrenando la incorporación de nuevas pautas que ayudan al sujeto a cumplir sus objetivos, esto es, a tener efectos deseados en el campo: ayuda a saber qué decir, cómo decirlo y cuándo decirlo. Frente a la ficción de la suspensión del tiempo

¹⁵ Pierre BOURDIEU, *Manet, une révolution symbolique*. París: Seuil, 2013.

¹⁶ Manuel MARTÍNEZ NEIRA, *La regulación de las oposiciones a cátedras universitarias: 1845-1951*. Madrid: Universidad Carlos III, 2014.

¹⁷ Pierre BOURDIEU, *ob. cit.*, p. 112.

y de la eterna disponibilidad para elegir la formulación precisa o elaborar el concepto más depurado, se encuentra la idea del *kairós*: el momento adecuado, que requiere habilidad y soltura para identificar, en un tiempo y contexto muy delimitados, el espacio de oportunidad para una intervención, es decir, lo que puede ser dicho o hecho (y ser bien recibido) en un momento concreto, no en la abstracción de la historia del pensamiento o de la visión omnisciente que conoce la estructura que regula un conjunto determinado de prácticas sociales.

La diferencia entre la oportunidad contextualizada (*kairós*) y la historia atemporal de las ideas es muy útil para comprender lo que ocurre en las revoluciones simbólicas: no basta con el manejo de la tradición cultural, ni tampoco se trata de lograr formular un proyecto que supere el estado previo del campo: hay que tener el sentido práctico de la oportunidad (un *kairós* construido socialmente, con suficiente capital social, económico y cultural) para *percibir* dónde y cuándo hacer la jugada y tener efectos relevantes en el campo. ¿Acaso no son las distintas fases del proyecto intelectual orteguiano, así como su estilo y la forma de sus publicaciones, un ejemplo logrado de *kairós* en el contexto de una revolución simbólica tardía –en relación a Europa–, pero original, en el campo intelectual español?

La paradoja de Ortega

Tenemos, por tanto, a Ortega liderando el proceso de transformación intelectual en España, cuestión que en otras publicaciones he desarrollado específicamente para el caso de la filosofía¹⁸. ¿Qué hay de lo político? En este aspecto, la posición generacional es más problemática. En primer lugar, mientras que en 1914 el núcleo generacional estaba muy bien situado intelectualmente, al menos a nivel institucional, la posición política era la inversa: solo dos firmantes, de un total de 105, ocupaban cargos políticos en 1913. Es en este sentido en el que la Generación del 14 era más indiscutiblemente joven: en su inmensa mayoría eran aspirantes al poder político, no habían “madurado” políticamente; muchos de ellos estaban bien posicionados, sí, pero de momento solo aspiraban a ocupar puestos de relevancia, aunque pensaban que ya había llegado su hora. En segundo lugar, en un campo político en plena transición del parlamentarismo de notables a la democracia de partidos de masas, los integrantes de la generación, pese a su coalición coyuntural, no compartían una misma apuesta. En este punto, la comparación entre Ortega y Azaña puede ser muy ilustrativa.

¹⁸ Cuarto capítulo (“Filosofía y universidad en la Generación del 14”) de Jorge COSTA DELGADO, ob. cit.; y Jorge COSTA DELGADO, “El ethos universitario en los filósofos de la Generación del 14”, *Itegoría*, 52 (2015), pp. 245-265.

Ortega, como es sabido, procedía de una familia situada en el centro de la vida cultural y política madrileña y, por tanto, española. Accedió muy pronto a ese espacio y estaba enormemente familiarizado con las formas características de sociabilidad de ese medio¹⁹: tertulias, banquetes, Ateneo, prensa... Por ello, ya en 1913, aparece como líder generacional y candidato a un desembarco político, luego fallido, en el Partido Reformista. Más adelante, tendrá una importante influencia política a través de la prensa, que decaerá con la llegada de la II República, pese a ser elegido diputado en 1931.

Azaña, por su parte, procede de una familia con tradición política, pero de Alcalá de Henares²⁰: lo suficientemente cerca como para tener fácil acceso al Ateneo y al mundo político-cultural madrileño, pero lo suficientemente lejos como para hacerlo tarde y no ocupar una posición privilegiada en él. Paradójicamente, ese retraso, junto a su menor inversión intelectual, le hizo más sensible y adaptable al nuevo estado del campo político: eso favoreció, en su caso y en el de muchos otros, que tuviera una trayectoria política exitosa en la II República.

Por su parte, Ortega, demasiado apegado al estado previo del campo, siguió intentando rentabilizar políticamente su prestigiosa posición intelectual durante la República. En la última década de la Restauración, incluyendo la Dictadura de Primo de Rivera, Ortega, de la mano de Urgoiti²¹, había logrado establecerse como una referencia de indudable influencia política, si bien esta era indirecta, ejercida siempre desde su privilegiada tribuna en la prensa: *El Sol*. En las elecciones a Cortes Constituyentes de 1931, Ortega intentó dar el salto hacia una política más activa, como diputado y líder de la Agrupación al Servicio de la República. Fue elegido al Congreso de los Diputados, pero tuvo un rol mucho menos protagonista de lo que hubiera deseado. El filósofo madrileño volvía a encontrarse en una situación similar a la que se produjo después de sus acercamientos sucesivos al Partido Radical, al PSOE y al Partido Reformista, entre 1909 y 1915: su incuestionable reconocimiento intelectual no encontraba un espacio político equivalente. Su posición contrasta, en una comparación relevante en términos generacionales, con la de Nicolás Salmerón, su antecesor en la cátedra de Metafísica, ejemplo especialmente notable de compatibilidad entre protagonismo político y relevancia intelectual (al menos, en su versión reconocida institucionalmente). Salmerón no es el único; de hecho, todo el krausismo puede interpretarse en esa misma línea. Pero medio siglo después la sociedad había cambiado. La intervención pública de Ortega no era del mismo

¹⁹ Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002, pp. 23-30.

²⁰ Santos JULIÁ, *Vida y tiempo de Manuel Azaña. 1880-1940*. Madrid: Santillana, 2010, pp. 39-51.

²¹ Mercedes CABRERA, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid: Alianza, 1994.

tipo que la de generaciones anteriores: el campo intelectual se había modificado profundamente, gracias, entre otras cosas, a su propio proyecto de renovación intelectual de España. Con la especialización científica, la racionalización de los criterios de acceso a la función pública y la autonomía de la política, la transformación del capital cultural en poder político se hacía más difícil. A ello se sumaba la propia evolución del campo político, cuya manifestación más evidente era el ascenso de los partidos de masas: un intelectual que quisiera intervenir en la política de la II República debía enfrentar unas servidumbres diferentes a las que estaban acostumbradas las élites de la Restauración. Ortega nunca fue capaz de habituarse a la mediación de este nuevo modelo de partido político, con el que no estaba socialmente familiarizado.

En resumen, la frontera entre la política y el mundo intelectual se hizo más rígida, menos porosa, coincidiendo además con el creciente protagonismo político de parte de las clases populares. Las formas sociales de transición entre una y otra se modificaron. Ortega no lo terminó de comprender y tendió a vivirlo desde la frustración. La propia calificación del grupo de diputados de la Agrupación al Servicio de la República como el *Olimpo* era un halago envenenado que jugaba con esa paradójica doble pertenencia: por un lado se reconocía su indiscutible superioridad intelectual; por otro, se señalaba que, como el de los dioses, su reino ya no era de este mundo. ●

Fecha de recepción: 30/01/2020

Fecha de aceptación: 05/04/2020

■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ LÁZARO, P. F. y VÁZQUEZ-ROMERO, J. M. (eds.) (2005): *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- BOURDIEU, P. (2013): *Manet, une révolution symbolique*. París: Seuil.
- CABRERA, M. (1994): *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid: Alianza.
- CARBALLO RODRÍGUEZ, F. M. (2018): "Bernard Manin lector de la democracia antigua", *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, 51, pp. 157-174.
- COSTA DELGADO, J. (2015): "El ethos universitario en los filósofos de la Generación del 14", *Isegoría*, 52, pp. 245-265.
- (2019): *La educación política de las masas. Capital cultural y clases sociales en la Generación del 14*. Madrid: Siglo XXI.
- GIL VILLEGAS, F. (1996): *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la Modernidad (1900-1929)*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- JIMÉNEZ LANDI, A. (1996): *La Institución Libre de Enseñanza*. 4 vols. Madrid: Ed. Complutense.
- JULIÁ, S. (2010): *Vida y tiempo de Manuel Azaña. 1880-1940*. Madrid: Santillana.
- MANIN, B. (1998): *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- MANHEIM, K. (1993): "El problema de las generaciones", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, pp. 193-242.
- (2018): *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- MARÍAS, J. (1967): *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.
- MARTÍNEZ NEIRA, M. (2014): *La regulación de las oposiciones a cátedras universitarias: 1845-1931*. Madrid: Universidad Carlos III.
- MAUGER, G. (2015): *Âges et générations*. París: La Découverte.
- MENÉNDEZ ALZAMORA, M. (2006): *La Generación del 14. Una aventura intelectual*. Madrid: Siglo XXI.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004-2010): *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- ZAMORA BONILLA, J. (2002): *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés.